

Ya no un semidios, sino un funcionario

El ocaso del presidencialismo



CARLOS MONSIVÁIS

“En virtud de las facultades que me han sido otorgadas...”

¿Qué ha sido el presidencialismo en el México contemporáneo? Ha sido por ejemplo, la concentración de facultades en el presidente de la República, y la imposibilidad de usarlas a plenitud; el don autocrático de nombrar al que será el próximo presidente y la fantasía de regir con detalle a una burocracia cada vez más autónoma; la decisión unipersonal de endeudar a la nación o de “privatizarla” a fondo y la incapacidad de resolver problemas centrales gracias al método “habilísimo” de posponer indefinidamente la solución.

El presidencialismo es el resultado del monopolio de las decisiones y del arrasamiento sistemático de los posibles instrumentos de contención. Surge en respuesta a la fragmentación caudillista, se solidifica por la necesidad de imprimirle sentido único a la vida institucional y alcanza su plenitud escénica en medio de los homenajes: “Señor Licenciado, el país ha vuelto a nacer gracias a usted.” Y si el poder omnímodo del presidencialismo es casi siempre una fantasía, sus consecuencias pueden ser, y lo son con frecuencia, devastadoras. El presidencialismo es la realidad del poder máximo, y es la irrealidad de la sujeción psicológica de grandes sectores. Y es también la cultura política que halla perfectamente normal que una persona, el presidente, decida lo de todos porque “sólo él sabe la magnitud de los problemas, y el sitio que ocupan en la jerarquización nacional”. El presidencialismo elimina la voluntad colectiva porque “nada más uno sabe”, y desdeña a la sociedad civil “porque no está al tanto de los verdaderos problemas”.

Si algo le debemos —deuda no por simbólica menos significativa— a los presidentes de la República, de Luis Echeverría Álvarez a Carlos Salinas de Gortari, es su contribución esforzada a una causa: “desacralizar” el poder, implantar el trato psicológico de iguales entre la sociedad y el gobierno. En especial, Carlos Salinas, al pretender modernizar la condición infalible de los presidentes, impulsa sin quererlo des-

de luego, el “espacio laico” donde la sociedad se encuentra con el poder, sin las intermediaciones del pasmo ante los gobernantes y las sensaciones de la eterna “minoría de edad” cívica. Y con ello Salinas lleva a su fase agónica la versión mexicana del presidencialismo, no sólo la acumulación de poderes y decisiones, sino también, y muy explícitamente, la creencia social en lo irrefutable de ese mando, por desacertado o lamentable que parezca. Es el aura del presidencialismo lo que en muy buena medida le permite a Gustavo Díaz Ordaz en 1968 imponerse al cabo de una matanza y de la ridiculización del estado del Estado de derecho; es la inercia del presidencialismo la gran reserva de Salinas de Gortari en su victoria final: las elecciones del 21 de agosto de 1994. Y es el presidencialismo, superstición popular y devoción social, una de las “especies en peligro” en el derrumbe generalizado que trae consigo la megacrisis que comienza en diciembre de 1994.

La formación privilegiada

A Salinas y su “grupo compacto” les toca la etapa del ascenso político de la tecnocracia. Se forman con la levedad acostumbrada pero en universidades de prestigio y entre ventajas muy amplias, las propias de la clase media alta o de la burguesía. En su mayoría, tienen desde niños facilidades de viajes, contactos amistosos y sociales con la gran burguesía, la preparación psicológica que asume lo inevitable del éxito. Y es obvia su certidumbre: a ellos, por su condición privilegiada, les corresponden aún más privilegios.

Los *born-winners* carecen de visiones de conjunto, y no pueden tenerlas porque ven en la realidad una sucesión de *video-clips*, los fragmentos enlazados por unidades mínimas. ¿Qué les importan por ejemplo, los millones de mexicanos lanzados al vacío económico si la macroeconomía se salva? En su código, lo macro es lo único atendible y lo micro sólo

existe como punto de comparación. Y, también, “Lo mexicano”, por regla general, les resulta aburrido. A ratos ese repertorio sí es útil (en las conversaciones con extranjeros a manera de *local color*, en las fiestas, en los instantes en donde hay que demostrar sensibilidad y ternura), pero por lo común les parece un fastidio. Salinas declama el nacionalismo, pero nunca le halla función útil en el camino al Tratado de Libre Comercio. Si el nacionalismo no les dice nada es porque lo propio de un político financiero es ver en la nación a la patria chica, y localizar la patria mayor en la Villa Global, eso sin que su cosmopolitismo vaya muy lejos, para ellos sólo hay otra nacionalidad concebible: la norteamericana. Y si les fastidia un origen cultural lastrado por la devoción de lo singular, es por la pregunta a que conduce: ¿Quién quiere ser distinto?; es decir, ¿quién quiere ser pre-moderno?

En octubre de 1987 el *destape* favorece a Carlos Salinas de Gortari, hijo del secretario de Industria y Comercio en el sexenio de López Mateos y hombre fuerte del régimen de Miguel de la Madrid. Salinas se ha preparado para el cargo y conoce a fondo las reglas del presidencialismo. Pero su campaña es inconvincente y el auge de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas lo hace tambalear. Salinas pretende una campaña a-la-altura-de-los-tiempos, y en el intento se dilapidan miles de millones de pesos, pero no se trasciende la condición marginal y anacrónica del priismo en el universo publicitario. La campaña de Salinas es un recuerdo desvaído de otras atmósferas, cuando el candidato del PRI era el Gran Producto, el dispensador inequívoco de bienes y fortunas.

El fracaso del PRI en 1988 es monumental. No convence a los jóvenes, no encausa el voto corporativo, inutiliza el cuantioso y costoso tiempo a su disposición en los medios electrónicos, no estimula al priismo tradicional, se atiene a métodos y discursos del peor tradicionalismo (amenazas veladas, promesas torrenciales) y no fomenta —pese a la abundancia de simposios y ponencias— la mínima reflexión crítica. Esto sucede entre octubre de 1987 y el 2 de julio de 1988: bardas mancilladas por consignas pueriles; volantes idénticos a los que anuncian la inauguración de la panadería; folletos y libros diseñados con ojo mercadotécnico donde el partido es la mercancía y el elector el consumidor; mítines de asistencia forzada y de ausentismo mental inevitable; señoras y señores muy afables que se identifican, sonrían, dicen con prisa lo que sólo así pueden explicar, invitan a la votación como a un acto social, y se van al siguiente pueblo, seguros de que hacer política es apretar la mano con rapidez cálida.

A favor del PRI se canalizan los inmensos recursos (todavía disponibles) del Estado. Pero en una sociedad compleja no basta la mera voluntad de soborno. Ya es tarde —las arcas semivacías— para cumplir el ideal del gobierno: tener el suficiente dinero para comprar el aplauso incondicional de todos los mexicanos. Y no funciona la intimidación adulatoria, pese a despliegues de astucia y ferias de intereses creados. Y quienes en verdad votan por el PRI —nunca sabremos su número exacto— lo hacen no por razones derivadas de la

campaña, sino del intercambio (“Si hay un número suficiente de votos en la comunidad X, se les recompensará con drenaje, créditos, buen trato político”); el *voto de inercia* (“la única manera de que respeten mi voto es dándoselo al PRI”); el *voto del miedo a la inestabilidad* (“Aquí en México nunca cambiamos para mejorar, y si con el PRI nos va tan mal...”), y —¿por qué no?— el *voto por el Sistema* (“no, si el Sistema está bien. Lo que no funciona son los políticos”).

En la mente popular al concepto PRI lo definen la corrupción, el despotismo, el tráfico de influencias, el nepotismo con o sin orgullos, la complicidad de clase (y, ahora, de universidad privada), la picaresca de los gestores, el salto sexenal del departamentito a la casota, el oportunista que declama la Constitución mientras revisa su cuenta en dólares. Ante el desprestigio, el PRI sólo opone la descalificación del adversario, convencido el gobierno de hallarse ante otra rutina electoral. No escasean las multitudes aclamatorias, los empresarios se felicitan, los líderes campesinos (así llamados por su carencia absoluta de experiencia agrícola) y los líderes obreros (así llamados por su condición burocrática) atacan verbalmente la injusticia y le agradecen al gobierno la ausencia de aumentos salariales; el presidente del PRI Jorge de la Vega anuncia 20 millones de votos para su candidato a la Presidencia, y la CTM los sobrepasa ofreciendo 28 millones.

Si el criterio para juzgar el éxito es la visibilidad publicitaria, el único candidato es Salinas de Gortari, cuya efigie se prodiga en carteles, volantes, anuncios gigantescos y las muchas horas diarias de radio y televisión. A los opositores se les reservan apenas segundos, acompañados de comentarios despectivos. Pero fuera de fotos y noticiarios, la realidad no es tan disciplinada.

El 6 de julio de 1988 la jornada transcurre pacíficamente pero los informes alarman al gobierno, dispuesto a conservar el poder a cualquier precio. La posibilidad evidente de una victoria de Cuauhtémoc Cárdenas pone en marcha los recursos del presidencialismo. La Secretaría de Gobernación declara: “Se cayó el Sistema”, y la ironía involuntaria es el sello del fraude aparatoso. El aparato político recompone sus fuerzas y las halla casi intactas. Sin demasiados problemas Salinas toma posesión de la Presidencia el primero de diciembre de 1988.

El sexenio de la ausencia de problemas

El 10 de enero de 1989 se detiene a Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, Salvador Barragán Camacho, José Sosa y otros líderes del sindicato petrolero, acusándolos de acopio de armas, resistencia a la autoridad, etcétera. La corrupción de la dirigencia sindical es evidente, pero el propósito gubernamental no es ético, sino político. Sólo cambian las personas y, con los mecanismos del abuso intocados, persiste la impunidad del liderazgo. Con todo, y no obstante la certeza respecto a los motivos verdaderos del *quinazo*, la medida es

bien recibida. Ya no se admite un endiosamiento caciquil de esas proporciones, y menos aún en PEMEX. Al proceder con rapidez Salinas restaura el presidencialismo más antiguo. La mano dura es incruenta, y cae sobre gente muy desprestigiada. Luego, el presidente se ocupa en ampliar sus clientelas y en renegociar la deuda externa.

Al gobierno de Carlos Salinas de Gortari lo caracteriza, entre otras cosas, el aborrecimiento de los problemas. Durante el sexenio arraiga una ley no escrita: quien problematiza atrae el mal, convoca a plagas y fantasmas. Es mejor aplicar la estrategia según la cual las palabras son hechos y el autoelogio resulta dentro de su modestia, el gran equivalente de la realidad. Desde sus primeros y "fulgurantes" cien días, Salinas de Gortari quiere también gobernar *desde-la-publicidad*, y aprovecha al límite lo que le ofrece el control de la prensa y, sobre todo, de la televisión. Algunos, desde fuera, perciben las mentiras flagrantes y las verdades a medias, pero la idea oficial es tajante: los mexicanos no están en condiciones de soportar o asimilar convenientemente los hechos "difíciles". Y se procesa la información para que la capte una población "menor de edad".

El-gobierno-*desde-la-publicidad* busca en primer término la aprobación internacional, y sus representantes en Estados Unidos gastan sin freno millones de dólares en el *lobby* que difunde, en primer término, las virtudes del presidente de la República y, ya luego, las ventajas del Tratado de Libre Comercio o alguna otra causa oficial. Se esparce, previo pago y cabildeo, la noticia: ¡Por fin un presidente moderno! Un político egresado de Harvard, con humor y desenfado, de respuestas rápidas, capaz de ocupar la portada de *Newsweek* haciendo *jogging*, ganoso de quebrantar el aislamiento de México. Las protestas de la oposición, en especial la del Partido de la Revolución Democrática, parecen premodernas y es inútil argumentar diciendo por ejemplo que el país no estaba aislado, que la economía integrada con Estados Unidos es noticia vieja, que la modernidad no es función de la fe religiosa en la propaganda. Es tan fascinante la idea de un país que estrena modernidad, que Salinas convence con rapidez a sectores muy amplios.

En su estrategia, que le concede sitio primordial a la manipulación o el reforzamiento de las creencias, Salinas fija una prioridad: la reconstrucción del presidencialismo, ya acorde con los tiempos. No se puede evitar la crítica, no son cancelables los dibujos satíricos de Rogelio Naranjo, la libertad de expresión es irreversible. Pero quien maneje las claves de la desinformación podrá erigirse en líder nacional, movilizará muchedumbres entusiastas, convencerá a millones de su proyecto. En su sed de reconocimientos, Salinas afirma un credo que trasciende a la política y se aloja por momentos en la utopía, o como se le diga a la fe en amanecer de pronto en el país del gran consumo, de la tecnología, de la prosperidad. El régimen de Salinas resulta excluyente en grado sumo salvo en un terreno: el de las expectativas.



Sin título, 1959, litografía en blanco y negro, 55 x 42 cm

En su fervor por Salinas y el salinismo, Carlos Salinas se deshace de conocimientos esenciales: en este sistema la lealtad se le dedica al puesto no a la persona; los líderes cortesía de la publicidad se vuelven productos desechables; el fundamento de la causa presidencialista es la posibilidad de recompensar en alguna medida a los feligreses. Y tampoco advierte el rencor ante los daños y las humillaciones que él y su grupo diseminan en su ronda triunfalista. Su hipótesis de trabajo es otra: si modernizo al país radicalmente, los modernizados vivirán en deuda impagable conmigo. (Y por eso, el candidato al Senado Manuel Aguilera, en 1991, le recuerda su deber a los colonos del D. F.: "Ustedes le deben gratitud eterna al presidente Carlos Salinas de Gortari.") Él de algo está seguro: el éxito es suyo para siempre. No en balde, según le dice a un grupo de reporteras de *Excelsior*, cuando se le *destapa* en 1987, lo primero que hace es informarle a su padre: "¡Ya llegamos, papá! ¡Nos llevó 25 años, pero ya llegamos!"

El predominio del diseño sobre la realidad. A los políticos a-la-antiguüita los sustituyen los escenógrafos con presupuesto ilimitado. Más que ningún otro de los presidentes del último medio siglo mexicano, Salinas de Gortari concibe a la acción de gobernar como la empresa teatral o filmica en donde él no busca adeptos sino extras. Él actúa en muy buena medida para el gozo de los medios informativos, y de allí se deriva, en la misma proporción, la fragilidad de su proyecto. A él se le aplaude como si fuera noticia de ocho columnas y programa especial en horario triple A, no como el dirigente de logros comprobables.

La autohipnosis entre aplausos

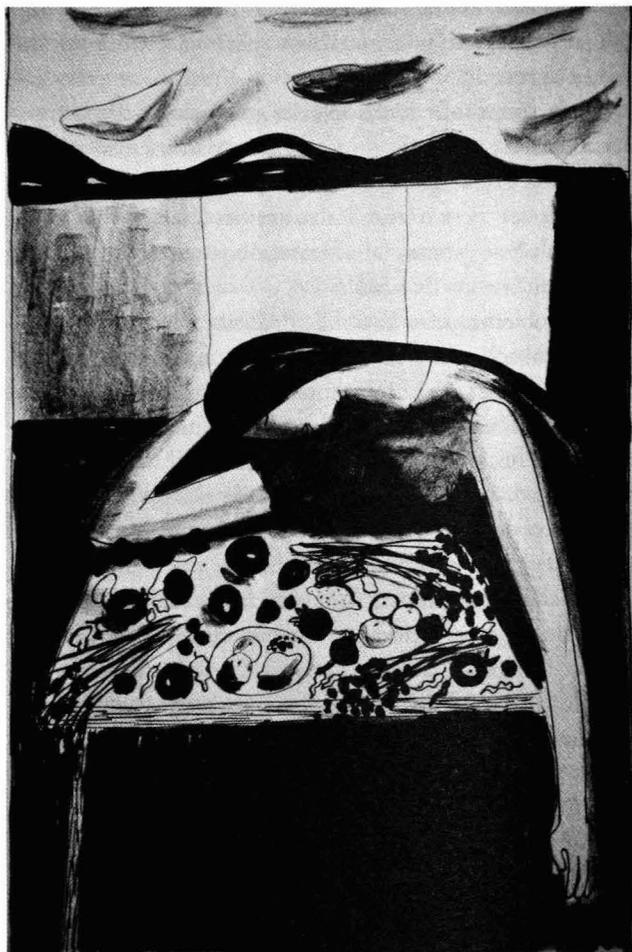
La autohipnosis publicitaria: Salinas habla con el Papa y con George Bush y con Gorbachov y con Margaret Thatcher, se duele del fracaso del Glasnost y la Perestroika y explica por qué a él no le sucederá lo mismo. Durante unos años, él se siente (y muchos lo consideran así) *México*, la palabra y todo lo que ella contiene. Su avidez de gloria es tan notable que ninguna apoteosis le es suficiente. Él requiere de actos climáticos, de giras que transforman los acarreo en peregrinaciones cívicas, de reuniones semanales con grupos de alcaldes que son trámites de canonización, de encuentros frecuentes con las élites, de entrevistas con los principales medios informativos, de viajes al exterior que anticipan la llegada masiva al Primer Mundo. Y de todas las respuestas la que más lo ilumina es la del autoelogio. Si él mismo está a su disposición, ¿para qué aguardar el juicio de la Historia?

Las mentiras engalanadas como utopías. Allí donde se exigen asombro y aplauso para los taumaturgos del gobierno, se hacen a un lado dudas, desconfianzas, certezas críticas, maduraciones de la intuición, y se favorece la atmósfera delirante que —como antologan *Ciro Gómez Leyva* y *Rossana Fuentes-Berain* en *Reforma*— no tiene límites: “México había tenido una mala administración política hasta que llegó Miguel de la Madrid y, ¡gracias a Dios!, Salinas” (*Emilio Azcárraga*, noviembre de 1993); “Porque ha puesto al país en un sitio elevado, Salinas se merece todo, incluso la reelección” (*Fidel Velázquez*, julio de 1991); “La generación de políticos del presidente Carlos Salinas se ha propuesto enfrentar el reto de sacar realmente al país del subdesarrollo, y los hechos están a la vista” (*Pedro Aspe*, enero de 1992); “Carlos Salinas es un Presidente que decidió gobernar para la Historia” (*Fernando Ortiz Arana*, presidente del PRI, octubre de 1993). Según sus publicistas, con el tránsito al Primer Mundo comienza la verdadera historia, y antes de la globalización no se localizan seres modernos en México; Salinas, dicen, hace realidad la frase de *Octavio Paz*: “Por primera vez en nuestra historia, somos contemporáneos de los demás hombres.” Salinas propicia, y a raudales, las adulaciones. Ninguna le basta y ninguna le es prescindible. Y durante un periodo tiene éxito. Inhibe o aísla o ridiculiza la crítica, le pone cerco a sus adversarios, a los que se presenta como “apátridas” o “subversivos” o “pre-modernos”, para muchos, la izquierda es el enemigo número uno del progreso en México.

¿Cuál es el límite del poder presidencial? Salinas parece no reconocer ninguno, salvo los que imponen las altas finanzas internacionales y nacionales. Si 1989 es el año de su ofensiva triunfal, entre 1990 y 1993 Salinas alcanza su esplendor: modifica a su gusto la Constitución de la República (en especial los artículos 27 y 130), negocia ventajosamente con el PAN y con la jerarquía católica, pone y quita gobernadores a su antojo, auspicia sin límite a un grupo de megamillonarios, privatiza el sector público en las condi-

ciones que se le ocurren, le apuesta a la especulación y a los capitales “golondrinos”.

A Salinas le importa sobremanera aplastar a la oposición de izquierda. Detesta sin medida a Cuauhtémoc Cárdenas, su gran rival de 1988, y hace lo que puede para destruirlo y liquidar al Partido de la Revolución Democrática (PRD), que surge de la coalición de fuerzas de campaña. Y la campaña contra Cárdenas y el PRD es a tal punto vandálica que, según denuncias ante las autoridades, cerca de trescientos perredistas son asesinados entre 1989 y 1993. Se busca dividir al PRD, se atrae a cuadros medios, al diputado perredista Igna-



Siesta, 1950, litografía en blanco y negro, 43 x 29 cm

cio Castillo Mena se le nombra embajador en Ecuador. A los escasos municipios en manos del PRD se les ahoga económicamente. Y es incesante la campaña de odio en la prensa contra Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo.

“Los discursos son históricos; el país ya no”

En rigor, las bases del éxito fulgurante son también los fundamentos del enorme fracaso. Salinas deposita las virtudes de su *blietzkrieg* en las fórmulas rápidas: la publicidad aquí y afuera (“Salinas The Giant Killer”, se proclama en una portada del

Newsweek), el control de los medios informativos (en especial la televisión), la docilidad extrema del Poder Legislativo y el Poder Judicial, las humillaciones infligidas al PRI, el debilitamiento salvaje de la oposición de izquierda (contra la que se aplican las grandes técnicas: asimilar, reprimir, calumniar), la derrama ocasional de dinero en las comunidades campesinas a manera de chantaje de la modernidad. Típicamente, mientras avanza el proceso, él se olvida de lo que en verdad sucede, y se emociona ante su propio carisma y ante su criatura consentida, el Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, la plataforma giratoria de su afán estatuario. Afirma en su II Informe de 1990: "Contemplan el brillo en los ojos de un niño que ya no necesitará de una vela para alumbrar el libro en el que estudia." Y en su vuelo redentorista, Salinas se inspira, ha ido más lejos que ninguno, ha creado la extrema riqueza y ha salvado a los pobres. En 1992, en la Semana de Solidaridad, los rostros conmovidos y las bendiciones de las mujeres y las sonrisas infantiles tan encendidas y las manos que se extienden "para tocar su manto" y su apellido exaltado al nivel de causa entrañable, lo llevan a proclamar: "Nadie podrá decir, de ahora en adelante, que hay un solo mexicano olvidado en México." Pronasol, la resurrección nacional.

Pronasol, la demagogia populista que aborrece al populismo. A las ventajas reales que Pronasol trae consigo las contrarresta de inmediato el ansia de aprovechamiento electorero y la santificación de la imagen presidencial. Cada lunes en Los Pinos, Salinas le habla a una muchedumbre de presidentes municipales que lo oyen con atención máxima, lo vitorean, lo hacen sentir popular y querido. Pero si nadie más lo dice, Salinas es muy explícito: "Desde el régimen de Cárdenas no se había dado en México un proyecto gubernamental tan amplio en materia de política social como Solidaridad." Y la versión publicitaria indica: "Gracias a Pronasol se consigue el equilibrio entre acumulación del capital y política social. El gran Salinas lo previó todo."

Uno a uno los problemas se niegan, entre dispendios y viajes suntuosos del presidente y su corte de funcionarios, empresarios y hombres del pensamiento útil. El término *corte* es aquí indispensable. Salinas cree en el eco de sus palabras y en el festejo instantáneo de sus habilidades. Él, "encarnación de la modernidad", viaja por América Latina, Europa, Asia, Estados Unidos, y refiere la cuantía de las hazañas de su gobierno. Y el autoencomio, más las concesiones interminables al gran capital nacional y extranjero, le acarrearán una fama de modernidad a raudales. "Por fin un presidente de México a la altura de los tiempos." Aquí, los periódicos y la televisión se extasían ante "el pasmo unánime" del exterior. Se acabó Mexiquito.

En *la corte*, y para difundir el proyecto ideológico, tienen lugar eminente los intelectuales. A convencerlos, seducirlos, invitarlos se dedica Salinas con intensidad aún mayor que la desplegada por Luis Echeverría. Él, según su publicidad, es un hombre de acción, de formación universitaria, y al hablar con intelectuales dialoga con sus iguales. Si a un número considerable de izquierdistas los atrae con las posi-

bilidades de Pronasol, a los intelectuales los persuade con el sueño de la modernidad. No discuto aquí la buena fe de los atraídos; me asombra la facilidad con que desatienden lo que ocurre. De acuerdo a su alborozo, no importa la cerrazón de la vida política: lo primero es la modernización económica; que no se ponga demasiado énfasis en el voraz enriquecimiento de unos cuantos: hay que recordar por si hace falta la victoria mundial del capitalismo; no tienen sentido las reclamaciones de la izquierda: su fe en el socialismo o en el Estado la inhabilita para entender el mundo contemporáneo.

"En el año 2000, el Primer Mundo"

En la revista *Eres*, Salinas le promete solemnemente a los jóvenes que en el año 2000 México pertenecerá al Primer Mundo; rechaza —dice— las ofertas para "exportar" a todas partes a Pedro Aspe, su secretario de Hacienda; insiste en el logro inmediato de todas las metas que se propone. Y usa del Congreso y del Poder Judicial como quiere. Modifica la Constitución de la República a su leal saber, maneja el presupuesto sin rendirle cuentas a nadie, invierte miles de millones en la preservación del poder para su grupo. Incluso juega con la idea de la reelección pero eso es ir demasiado lejos.

Entre las alabanzas, una crítica permanece. Está bien, la macroeconomía parece funcionar de maravilla pero aún no se democratiza el país. Con voz dulcificada, Salinas asegura la falsedad de tal afirmación, claro que hay democracia. En 1990, le declara a *Newsweek*: "Continuamente escucho que en México un partido ha detentado el poder desde hace 70 años, pero cuando pienso cuánto tiempo un solo partido ha gobernado en Japón o Italia, pongo menos atención a las críticas..." Y al negar el anacronismo político, Salinas alcanza las cumbres del cinismo:

Yo creo que hay una subcultura del fraude electoral en el país. En algunos casos por razones justificadas y en otros como excusas para los que pierden, pues así pueden explicar que perdieron porque se abusó de ellos y no como resultado de la voluntad del electorado (*El País*, junio de 1991).

El esquema de Salinas es rígido. Así por ejemplo, se produce el fraude electoral en un estado (Guanajuato, Yucatán, San Luis Potosí, Michoacán), vienen luego las protestas y evidencias del fraude, ergo, se recapitula el caso, y se nombra gobernador interino. Las "concertaciones" son otra formulación administrativa del capricho presidencialista. Salinas hace y deshace con rapidez y entusiasmo.

"Para todos todo; para nosotros nada"

El primero de enero de 1994 la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) le representa al presiden-

cialismo el mayor reto de su historia contemporánea, mayor incluso que el neocardenismo del 88. Si el poder, en la esfera nacional, es omnímodo, ¿cómo no previó las consecuencias de la rebeldía, ni su carácter que trasciende con mucho los límites de la guerrilla convencional? El problema no es, como se advierte de inmediato, militar sino social y cultural. Para el Ejército Nacional los zapatistas no constituyen un riesgo, para la opinión pública el estallido entre los más pobres es el más severo llamado de atención porque lleva, inculcablemente, a la superficie el racismo, la explotación, las condiciones semif feudales, los gobiernos oprobiosos de Chiapas. En esos días se reconsidera de golpe, y en numerosos sitios, la condición indígena. El 7 de enero el presidente Salinas es tajante:

Éste no es un alzamiento indígena, sino la acción de un grupo violento armado en contra de la tranquilidad de las comunidades, la paz pública y las instituciones de gobierno. Es decir, en contra de lo que los mexicanos durante tantas generaciones y con gran esfuerzo hemos construido y que, por eso, tanto apreciamos. Lo que hacen es seguir acciones desacreditadas y fracasadas. En los países en donde así ha sucedido, sólo han conseguido destrucción y retroceso... Los acontecimientos de Chiapas nos entristecen a todos, porque aun reconociendo insuficiencias, muchos años hemos trabajado los mexicanos para construir espacios de respeto, de diálogo y de tranquilidad.

La opinión pública y la sociedad civil no apoyan en forma alguna la vía armada, ni creen en la posibilidad y la necesidad de una guerra. Pero no se aceptan tampoco las expresiones piadosas: "insuficiencias" es término que no da cuenta del desastre de la vida indígena en Chiapas, donde, ciertamente, no hay para las etnias "espacios de respeto, de diálogo, de tranquilidad". El presidente Salinas quiere defender su fama:

Al mismo tiempo indigna que, aprovechando esta situación de violencia, se quiera desprestigiar el nombre de México, que tanto trabajo y esfuerzos ha llevado construir. La pretensión de minar el prestigio del país, no ayudaría a resolver problemas sociales ni económicos ni representaría avance político. Este grupo armado está en contra de México.

Esta vez el presidencialismo no es palabra suficiente, como sí lo fue cuando Adolfo López Mateos condenó a los ferrocarrileros en 1959, Gustavo Díaz Ordaz a los estudiantes en 1968 y Luis Echeverría a la guerrilla urbana y rural en 1973 y 1974. La autoridad presidencial no detiene la simpatía por los alzados, ni éstos se dejan persuadir por los ofrecimientos de perdón si se rinden de inmediato y sin condiciones. La sociedad civil se moviliza a favor de la paz y el presidencialismo conoce su primera gran derrota nacional. Un grupo de subversivos desafía al poder cen-

tral, y sectores numerosos entienden sus razones. Hasta ese momento, la crítica que no se podía neutralizar o eliminar se aceptaba como inevitable y a fin de cuentas moderna, pero la acción que rechaza a la autoridad suprema resulta inconcebible.

Lo que ocurre entre enero y marzo de 1994 evidencia el cansancio y el hartazgo ante el presidencialismo, la urgencia de alternativas ante el poder central. Luego, el 23 de marzo, el asesinato de Luis Donald Colosio, candidato del PRI, obliga a extraer las últimas reservas del autoritarismo. ¿Cómo impedir la crisis de credibilidad si el heredero evidente del aparato del presidencialismo es asesinado con tal destreza? Salinas parece ignorar que la muerte de Colosio describe al otro poder en los sótanos y vuelve transparente la condición ruinosa del aparato de justicia. El crimen estremece a la sociedad, pero el presidencialismo cree posible seguir sin conceder.

La victoria final

*Hay un rumor tan grave, como si todo el mundo
después de callar tanto se hablara de repente.*

Carlos Pellicer

El 21 de agosto de 1994, la depresión y la ira son reacciones generalizadas en los sectores de izquierda y centro-izquierda. Hay motivos para explicarse el voto priista: el abuso de poder, el inmenso gasto de compra-venta de sufragios (Pro-nasol, Procampo), las campañas de intimidación (la "violencia" y la salida de capitales que desataría el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas), el control feroz de la televisión, la inercia, las fallas evidentes de los partidos de oposición... Reunidas las explicaciones sigue pendiente la más profunda: ¿cómo es posible, después de las abrumadoras exhibiciones de la ineficacia gubernamental, con sus cargas de corrupción e impunidad, que un sector de la población, aquel que no tenía atado su voto, se pronuncie efectivamente por el PRI? En la noche del 21 de agosto, en el programa televisivo de *Nexos*, aventuré mi interpretación: se pasó del voto de castigo de 1988 al voto de autocastigo de 1994. Pero esto se da luego de probar que frente al Sistema no hay alternativas, aun si éste declara en la práctica la eterna infancia política de los mexicanos.

El 21 de agosto parece reactivar el "mito" salinista. Los intelectuales y los periodistas de la corte recurren de nuevo al deslumbramiento: se votó por la paz y la estabilidad, fue un refrendo masivo de la sabiduría del presidente, hay PRI para rato, el país vuelve al buen camino. Y Salinas —con fondos del Estado— vigoriza su campaña para presidir la Organización Mundial del Comercio. El primero de noviembre, en el VI Informe Presidencial, de pie en el Congreso de la Unión, la corte aplaude durante larguísimo cuatro minutos, politólogos, analistas, políticos, judicatura, burocracia. Es la gente de Salinas que marca todo con su apellido.

“Los errores de diciembre”

El derrumbe de fines del 94 (llamado por Salinas “los errores de diciembre”) afecta severamente el nicho presidencial. Si un presidente se equivoca a tal punto (versión benévola), y no en el campo del autoritarismo sino en el de la eficiencia, la Presidencia será todavía el puesto público más importante, pero un presidente en concreto ya es el más falible de todos los mexicanos, no el más autoritario, ni el más demagógico, ni el más cruel, ni el más indiferente a las necesidades del pueblo, aunque lo haya sido, sino el más inepto. Y esta certeza anima la vida social con una euforia tal como la del descubrimiento del Mediterráneo, que erosiona a fondo al presidencialismo, la ideología del único hombre libre en la nación.

En un lapso brevísimo, no más de tres meses, de fines de diciembre a fines de marzo, se pulveriza una armazón política, social y publicitaria de conquistas rápidas, manejo irrestricto del aparato de poder, apoyo pleno de la cúpula empresarial. Y lo que viene es la convocatoria del desastre: devaluación, altas tasas de interés, inflación, recesión, insolvencia de pagos, fuga de capitales, cancelación de proyectos, pánico financiero, caída del poder adquisitivo, quiebras bancarias, crisis de liquidez. La desaparición del prestigio de Salinas es veloz.

Ante las demandas de la oposición, y de la opinión pública, el PRI niega, débilmente, el juicio político y penal de sus próceres del ayer inmediato, pero en la tibieza de sus defensas se cuelan el desencanto y la rabia de muchos priistas y, también, la operación que busca rehacer la autoridad moral sobre el cadáver propagandístico del ex líder. Así por ejemplo el gobernador del Estado de México, Emilio Chuayffet:

La gente irresponsable que en aras de su protagonismo devastó las reservas económicas de nuestro país, debiera tener una sanción moral enorme de repudio y rechazo. Se trata de mexicanos que no tuvieron empacho en hacer declaraciones o realizar conductas que afectaron (a la nación), porque ellos sabían el crédito sobre el que se basa la relación económica de México. Quienes nos pusieron hoy en la penosa tarea de reiniciar un plan económico de emergencia, que mucho va a costarnos a todos, deberían ser castigados penalmente, aunque, lamentablemente, ese tipo de conducta es difícil de tipificar... Aquel que cierre ojos y oídos a la realidad y a los puntos de vista de un adversario político, está cometiendo el mismo crimen al que ya me referí. (*La Jornada*, 4 de enero de 1995.)

La referencia a Salinas es clarísima, y a su frase en relación con los diputados y senadores del PRD: “Ni los veo ni los oigo.”

Era tradicional el ataque a los ex presidentes; cobraba intensidad en los primeros meses de la administración si-

guiente, como “teofagia” inevitable. Pero lo que ocurre con Salinas de Gortari trasciende todo lo conocido. Aunque la catástrofe económica también es, y en gran medida, responsabilidad del gobierno de Ernesto Zedillo, la crítica a Carlos Salinas es devastadora porque responde a evidencias de torpeza y mala fe (por ejemplo, la devaluación se pospone para conseguir el triunfo del PRI, y no perjudicar la campaña de Salinas en la OMC), y es consecuencia de las dimensiones del engaño. Quienes sufren la disminución bruta de sus ingresos responsabilizan directamente a Salinas del quebrantamiento de sus ilusiones. *La pérdida del reino que estaba para mí...*

Antes, lo que se derrumbaba era la imagen de un presidente de la República (el choteo que envuelve a Luis Echeverría, el coraje clasemediero y burgués contra la irresponsabilidad de José López Portillo). De pronto, el presidencialismo entra en crisis; para qué esperarlo todo de una persona por encumbrada que esté, quién confiará de ahora en adelante en la mitología sexenal, lo que nos pasó se debe a la falta de crítica y de límites al presidencialismo. Y el encono se multiplica al señalar la Procuraduría General de la República a Raúl Salinas de Gortari como “autor intelectual del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu”. Más que ningún otro hecho, el encarcelamiento de Raúl Salinas en la prisión de alta seguridad de Almoloya precipita la demolición del mito del presidencialismo. Si Carlos Salinas encarnó hasta el límite concebible las atribuciones del presidencialismo, la institución misma padece conjuntamente la caída. Esta vez los hombres y las instituciones fallan al unísono.

El PRD exige juicio político y penal para Salinas. Al principio, el PRI y el PAN se oponen, pero la resistencia es formal y escasa. Para empezar, la sociedad de hoy está mejor informada, su desencanto es profundo, y el deterioro de la economía es interminable. Y se rompe la red de lealtades canónicas. Ahora el presidencialismo carece de adeptos. Así por ejemplo, el senador Fernando Solana, que en el régimen de Salinas fue secretario de Relaciones Exteriores y de Educación Pública, es radical en su crítica que es, inevitablemente, autocrítica de grupo:

Tampoco definiendo una política económica que reduce el crecimiento, que polariza en forma extrema el ingreso, que carece de instrumentos eficaces para modernizar y preservar la planta industrial del país y para crear empleos bien remunerados en el campo y en la ciudad y que, finalmente, deja prendidos con alfileres la estabilidad y el equilibrio macroeconómico. (*La Jornada*, 2 de enero de 1993.)

El presidencialismo, en tanto superstición y creencia populares agoniza. Se desvanece un mito y no tiene caso sustituirlo con otro. Pero el proyecto del poder racional y democrático que debe reemplazarlo aún no se desarrolla. Y el presidencialismo tarda en morir porque las alternativas convenientes apenas se perfilan. ♦